

DE LAS LIMITACIONES DE LA HISTORIA
ECONÓMICA GLOBAL: A propósito de un libro
de David S. Landes,
La riqueza y la pobreza de las naciones

FRANCISCO BUSTELO

Universidad Complutense

A David S. Landes no le gustan ni la Nueva Historia Económica ni los cliómetros, pero es un gran historiador económico. Ahora, ya con años —hace casi cincuenta que apareció su primer trabajo—, acaba de publicar una magna obra sobre la riqueza y la pobreza de las naciones, donde recoge investigaciones, lecturas y enseñanzas de medio siglo (Landes, 1998).

Sin la capacidad teórica del escocés, es un buen imitador de Adam Smith, al que cita a menudo, aunque, sin duda por una errata, *La riqueza de las naciones*, a la que se hace referencia detallada una docena de veces, no figure en la bibliografía final. Se distingue de aquél en que incluye la pobreza en el título de su obra, con lo que Landes señala uno de los rasgos fundamentales de la historia económica contemporánea, en el que insiste a lo largo del texto: la creciente desigualdad desde finales del siglo XVIII o principios del XIX entre países ricos y pobres.

Explicar esa desigualdad es precisamente el propósito del libro. Tras algunas reflexiones sobre la geografía en la historia económica, a la que atribuye mucha importancia —excesiva, a mi juicio—, con una comparación entre Europa y China, el autor hace un minucioso recorrido, a veces prolijo, de los descubrimientos europeos, pasando revista a las causas y consecuencias económicas y no económicas de la expansión ultramarina de portugueses y españoles —unos y otros muy criticados— y también de holandeses, franceses e ingleses.

Luego se introduce en la Revolución Industrial, con un capítulo que no me parece pasará a las antologías sobre el particular, preguntándose

por qué Europa fue protagonista y por qué lo fue desde el siglo XVIII. Al hablar de las colonias y ex colonias europeas vuelve a criticar el quehacer hispanoluso en América, se traslada a China y al Japón, cuya historia conoce bien, al menos a juicio de un profano, y acaba hablando de la descolonización, del declive británico, del escaso desarrollo económico de la India, del Tercer Mundo actual y de las razones de que en la carrera mundial hacia la riqueza haya ganadores y perdedores. Curiosamente de su país, Estados Unidos, dice poco, salvo comentar los riesgos de dormirse en los laureles, tal como ocurrió a la industria automovilística norteamericana en los años setenta, frente a la eficacia japonesa, muy alabada por el autor. (Una alabanza escrita, sin duda, antes de la crisis asiática.)

No sólo alude a las fábricas de coches de Detroit, a las japonesas y a las británicas, entre muchísimas cosas más, pues quien con alguna paciencia lea las casi 500 apretadas páginas del libro, sin contar las ciento y pico de notas, bibliografía e índices, encontrará referencias a multitud de cuestiones de toda índole: económicas e históricas, desde luego, pero también políticas, demográficas, culturales, folclóricas, militares. Asombran sus lecturas y cómo las ha digerido, pero a veces cansan los muchos detalles e incisos del autor, tanto más que, a pesar de su buena pluma, abusa de los paréntesis.

Pero el interés de la obra, con ser mucho, no radica sólo en su contenido. Más bien estriba en algo más general y que requiere una visión de conjunto de lo que se dice o no se dice en ella. La primera cuestión que plantea su lectura es la de si es posible una historia económica global. La respuesta no puede ser afirmativa, aunque tampoco totalmente negativa. Gracias a los adelantos de la economía y la historia, sabemos algo de por qué hay naciones más pudientes que otras y de por qué pobreza y riqueza están tan mal repartidas. Sabemos, es cierto, bastante más que hace cincuenta años, pero así y todo nos faltan conocimientos. Leyendo a Landes resulta justificado que algunos sigamos hablando hoy (Bustelo, 1998), al igual que lo hacía Vilar (1973) hace veinticinco años, de la historia como ciencia en construcción.

Es sabido que un historiador económico se vería en un aprieto si se le pidiera que, cuenta habida de su oficio, dijera cómo un país puede dejar atrás la pobreza. Podría decir muchas cosas, desde luego, quizá más sobre lo que no hay que hacer que sobre lo que hay que hacer, pero no podría ofrecer un modelo cabal que indicase con precisión por qué cauces discurren las vías pasadas y presentes del progreso social y económico.

Y es que no conocemos *las* causas de ese progreso. Sí conocemos algunas, pero ignoramos cuánto explican esas que conocemos. No hay acuerdo, además, sobre su mayor o menor importancia. La agricultura, la educación, la población, el buen gobierno, la capacidad empresarial, los derechos de propiedad, figuran entre los muchos factores que cabe alegar. Pero cuando buscamos explicaciones de la riqueza y la pobreza de las naciones, ¿cómo sabremos si no nos dejamos en el tintero algunas o muchas de sus causas? ¿Cómo conocer el peso de aquellas que señalemos?

El libro de Landes, pese a la admiración que suscitan los conocimientos del autor, muestra las limitaciones de nuestra ciencia cuando quiere generalizar. Limitaciones provocadas por tres razones: la complejidad y diversidad de la especie humana y de su organización social y económica; el hecho de que entren en juego multitud de factores económicos de toda índole junto con otros muchos extraeconómicos, desde los biológicos hasta los derivados del azar, y la dificultad, por no decir imposibilidad, de que un historiador, por sí solo, abarque un campo tan vasto.

Esto último se pone de manifiesto en el libro de Landes. ¿Es posible, como hace él, intentar una historia económica global limitándose a las Edades Moderna y Contemporánea? ¿No conducirá esa limitación a creer que la organización social y económica que se fue fraguando en parte del planeta durante esas épocas es la única posible y racional? ¿No empobrecerá tal cosa el estudio de la historia económica universal, con su enorme riqueza de manifestaciones socioeconómicas, al ignorarse que han sido muchas las habidas y que probablemente las futuras serán tan distintas de las actuales como lo son éstas de las que se registraron en el paleolítico? A propósito de este último, ¿cabe prescindir del 99 por 100 del pasado, es decir, de la prehistoria? Difícil como es, sacar conclusiones de lo que nos aporta ese inmenso tramo de la vida del ser humano es útil para el historiador económico, quizá imprescindible para que atisbe en toda su globalidad el periplo humano.

Otra de las limitaciones personales de todo historiador es su conocimiento, por fuerza incompleto, del trabajo de los colegas de antaño y hogaño. Landes es un lector voraz. Lo prueban las 1.500 referencias bibliográficas que recoge. Pero incluso así, no es difícil encontrar lagunas, pues ¿quién no las tendría? Permítaseme citar sólo algunos nombres que brillan por su ausencia en esa abundante bibliografía: Carr (ni Raymond ni Edward Hallet), Deane, Dobb, DUBY, Hamilton (Earl J.), Hartwell, Heers, Hicks, Hobsbawm, Keynes, Labrousse, Le Goff, Malthus (le dedica dos líneas en el texto, pero no figura en la bibliografía), Mantoux, Morazé, North,

Perez (Joseph), Postan, Ricardo, Ringrose, Romano (Ruggiero), Schumpeter, Sée, Sombart, Vilar. En esta relación de ausentes, que cualquiera podría ampliar, no he incluido a autores españoles, porque voy a referirme a ellos en particular.

Leyendo su libro asalta la duda de si Landes sabe o no español. Por un lado, en su bibliografía incluye nueve obras en ese idioma: Bernáldez (1962), Caro Baroja (1961), Castro (1949), Larraz (1943), Martín Aceña y Prados de la Escosura (1985), Nadal (1959), Prados de la Escosura (1988 y 1992) y Sánchez-Albornoz (1985). [También cita obras en inglés de Castells (1992), Molinas y Prados de la Escosura (1989) y Tortella (1994), además de un trabajo de este último en francés (Tortella, 1995). Entre el centenar de personas a las que hace referencia en los agradecimientos figuran asimismo Prados y Tortella]. Pero, en cambio, en las notas del texto no hay una sola referencia a obra alguna en español, pues las que se hacen siempre están tomadas de traducciones al inglés o francés.

Además, habla mucho de España, pero sólo de la de los siglos XVI y XVII, cosa, por lo demás, lógica, ya que era entonces cuando nuestro país tenía importancia en el mundo. Sin embargo, la mitad de los autores españoles que figuran en la bibliografía, como Martín Aceña, Nadal, Prados y Sánchez-Albornoz poco dicen, en sus obras citadas por Landes, acerca de aquellos siglos, pues, como es sabido, todos ellos han escrito casi exclusivamente sobre la edad contemporánea.

No hago estas indicaciones por afán patrioterero alguno —aunque once autores entre 1.500 no guarden proporción con las más o menos treinta páginas entre quinientas dedicadas a España en el texto—, sino para señalar lo difícil que es para cualquier autor de una historia económica mundial que no quiera limitarse a generalidades hablar con conocimiento de causa de los países que destacaron en diferentes épocas. ¿Se puede tener una idea cabal de la historia de España y Portugal en la Edad Moderna, de la de América Latina, China y Japón en la Edad Contemporánea, sin leer en su lengua a los autores de esos países? ¿Y es posible que un autor domine tantos idiomas, algunos de ellos tan difíciles para los occidentales como los asiáticos?

Estas reflexiones llevan a la conclusión de que al seleccionar los asuntos de que trata una obra de historia económica global hay un triple e inevitable subjetivismo. El primero procede de la propia formación y estudios del autor. Si éste ha trabajado principalmente sobre un tema o una época tenderá a destacar su importancia. Landes, por ejemplo, ha escrito sobre aspectos tan sustanciales como las finanzas y el «imperialismo» económico

y sobre otras no tan fundamentales, como el papel de los relojes en la historia, y ello se nota.

También, por las razones que sean —un curso, una conferencia, unas lecturas más o menos casuales—, todo autor se interesa por algunos sucesos de los millones acontecidos en el pasado. Al haber ahondado en esos sucesos, tiende a subrayarlos. Así, en el libro que comentamos hay cuatro páginas dedicadas a la Guerra del Chaco que sostuvo Paraguay en 1864-1870 contra todos sus vecinos. Aquel conflicto reviste interés en la historia latinoamericana y no digamos en la del propio Paraguay, que no pudo acceder al mar y vio su población diezmada por tan mortífera y desigual contienda. Pero en una historia económica de alcance mundial ¿por qué hablar de esa guerra, cuyas consecuencias de interés general no explica Landes, y no decir nada, en cambio, de otro conflicto coetáneo, como la guerra francoprusiana, de interés seguramente mayor para la historia general de la época?

La tercera causa del subjetivismo es la derivada de las simpatías y antipatías del autor, pues ya dijo Ortega que somos un sistema nato de preferencias y desdenes. A Landes no le caen bien los conquistadores españoles de Indias y no lo oculta, pues les achaca una crueldad mayor de la que existía en aquellos siglos, que reconoce era muy grande. Llega a afirmar que él, de haber sido un indígena entonces, hubiera preferido ser muerto por otros que no fueran españoles, al haber tenido en tal caso una muerte más rápida. A decir verdad, no parece ser ése un aserto muy riguroso, pues todo historiador debería saber que en materia de crueldad es bien difícil establecer gradaciones a la vista de las muchas barbaridades cometidas en todo tiempo, inclusive en el siglo XX, por tirios y troyanos.

El riesgo de una obra de carácter global es, paradójicamente, perderse en los detalles. Landes se extravía de cuando en cuando en su libro, aunque acaba recuperando un tenue hilo conductor, por lo demás discutible. Ese hilo es lo que cabría llamar la mentalidad económica, es decir, la actitud ante el trabajo y la producción. Tal mentalidad la relaciona Landes mucho con las ideas religiosas; así, asigna al catolicismo hispanoluso un papel claramente retardatario en el progreso de la Península Ibérica y, de rebote, en el de América central y meridional.

No cabe duda de que difícilmente progresará un país que no se interese por producir y no asigne importancia a los valores económicos. Pero hay que preguntarse si tal afirmación no es una mera petición de principio; lo que habría que averiguar más bien son las razones que hacen que unos pueblos hayan tenido o tengan un interés mayor que otros por producir

y comerciar. Porque un factor tan esencial para el desarrollo económico, como, por ejemplo, la existencia de una clase empresarial, dependerá, más que de una mentalidad adecuada, de que existan posibilidades razonables de tener éxito con la creación y ampliación de empresas, y ello requiere, obviamente, muchas condiciones que propicien aquella mentalidad, que es más consecuencia que causa.

Simultáneamente será menester que exista una clase trabajadora formada e incentivada. Sin embargo, la idea tan sencilla sobre el papel de que se conjunten capital y trabajo exige en la práctica muchos requisitos. Yo he señalado quince (Bustelo, 1996, 34), pero cualquiera puede hacer a su gusto una lista más o menos larga con las condiciones, todas ellas necesarias pero ninguna por sí suficiente, para que haya progreso económico.

Landes hace también su lista, pero casi me atrevería a decir que su contenido es más descriptivo que analítico. No sistematiza, quizá porque piense que tal cosa, en la historia económica global, no es posible. Sólo de forma más yuxtapuesta que causal e interrelacionada indica elementos que considera importantes en materia de crecimiento económico.

Cuando nuestro autor intenta por abstracción dibujar la sociedad más adecuada para producir bienes y servicios, y con ello la ideal para el *growth-and-development* (sic), incurre en generalidades. Esa sociedad sería la que supiera:

1. Hacerse con los instrumentos de producción y dominar las técnicas nuevas.
2. Transmitir esos conocimientos.
3. Seleccionar a las personas por su competencia y méritos.
4. Brindar oportunidades a la empresa.
5. Dejar que se disfruten y aprovechen los resultados del trabajo y el capital.

A ello se sumarían aspectos institucionales como:

1. Garantizar los derechos de propiedad.
2. Asegurar la libertad de las personas.
3. Velar por que se respeten los derechos contractuales.
4. Gozar de estabilidad política.
5. Tener un gobierno que escuche y atienda las quejas.
6. Contar con políticos honrados y con agentes económicos que no busquen rentas de situación ajenas al mercado.

7. Disfrutar de gobernantes moderados, eficientes y que no apliquen una presión fiscal excesiva.

De todo ello, reiteraciones y obviedades aparte, ¿cuáles son causas y cuáles consecuencias? ¿Por dónde debería empezarse? ¿Dónde quedan el papel del ahorro y la inversión, tanto nacional como extranjera, el sistema financiero, el transporte y demás infraestructuras, la demanda solvente, el comercio y tantas cosas más?

Si tuviera razón Landes, la historia económica no sería cabalmente una ciencia, sino otra cosa, tal vez un simple intento de relatar lo pasado, haciendo hincapié en lo que se considera más destacado, a la espera de que ese relato algún día pueda convertirse en una explicación científica de por qué nuestra especie se ha organizado a lo largo de su historia de tan diversas maneras y de por qué unas han propiciado más que otras el bienestar material. Huelga decir que si tal cosa se hiciera, el interés de nuestra ciencia se decuplicaría, pues aportaría piezas esenciales a la tarea más importante del siglo XXI: acabar con la pobreza, al menos la extrema, en el planeta.

Con todo, leer a Landes nunca está de más. Incluso pueden sacarse de su libro conclusiones optimistas: si todo fuera cuestión de mentalidad, un mundo como el actual, con sus afanes materialistas y consumistas, con la escasa influencia, salvo en algunos países islámicos, de ideas religiosas ajenas a las mejoras económicas, tendría su porvenir despejado y se conseguirían en todas las naciones los progresos logrados por algunas. Pero precisamente el libro de Landes muestra, junto con el ejemplo de lo que hicieron los países más avanzados durante las Edades Moderna y Contemporánea, los esfuerzos que ello requirió.

El último párrafo del capítulo final de conclusiones es significativo: «La única lección que se desprende es la necesidad de seguir intentándolo. No hay milagros. No hay milenarismo. Tampoco Apocalipsis. Hemos de cultivar una fe escéptica, evitar el dogma, escuchar y observar con atención, intentar aclarar y definir los fines, acertar en la elección de los medios.» Recomendaciones éstas que no están de más, pero que no son muy específicas. Más bien parecen revelar las limitaciones derivadas del estadio poco científico en que se encuentra la historia económica global. Esto último sí que sería la verdadera lección de un libro tan interesante como ambicioso.

BIBLIOGRAFÍA

- APPELBAUM, Richard, y HENDERSON, Jeffrey (eds.) (1992): *States and Development in the Asian Pacific Rim*, Newbury Park, Sage.
- BERNALDEZ, Andrés (1962): *Memorias del Reinado de los Reyes Católicos*, obra escrita a finales del siglo XV, edición de GÓMEZ MORENO y CARRIAZO, Madrid, Real Academia de la Historia.
- BUSTELO, Francisco (1996): *Introducción a la historia económica mundial y de España. (Siglos XIX y XX)*, Madrid, Síntesis.
- (1998): *Historia económica: una ciencia en construcción*, Madrid, Síntesis.
- CARO BAROJA, Julio (1961): *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, Madrid, Arión.
- CASTELLS, Manuel (1992): «Four Asian Tigers with a Dragon Head: A Comparative Analysis of the State, Economy and Society in the Asian Pacific Rim», en *Appelbaum y Henderson*.
- CASTRO, Américo (1949): *Aspectos del vivir hispánico*, Santiago de Chile, Cruz del Sur.
- LANDES, David S. (1998): *The Wealth and Poverty of Nations. Why Some Are So Rich and Some So Poor*, Nueva York, Norton. (Ed. española: *La riqueza y la pobreza de las Naciones*, Barcelona, Crítica, 1999).
- LARRAZ, José (1943): *La época del mercantilismo en Castilla (1500-1700)*, Madrid, Aguilar.
- MARTÍN ACEÑA, Pablo, y PRADOS DE LA ESCOSURA, Leandro (eds.) (1985): *La nueva historia económica en España*, Madrid, Tecnos.
- MOLINAS, César y PRADOS DE LA ESCOSURA, Leandro (1989): «Was Spain Different? Spanish Historical Backwardness Revisited», *Explorations in Economic History*, vol. 26, núm. 4, pp. 385-402.
- NADAL, Jordi (1959): «La revolución de los precios españoles en el siglo XVI», *Hispania*, 19.
- PRADOS DE LA ESCOSURA, Leandro (1988): *De imperio a nación. Crecimiento y atraso económico en España (1780-1930)*, Madrid, Alianza.
- PRADOS DE LA ESCOSURA, Leandro, y ZAMAGNI, Vera (eds.) (1992): *El desarrollo económico en la Europa del Sur. España e Italia en perspectiva histórica*, Madrid, Alianza.
- SANCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás (ed.) (1985): *La modernización económica de España 1830-1930*, Madrid, Alianza.
- TORTELLA, Gabriel (1994): «Patterns of Economic Retardation and Recovery in Southwestern Europe in the Nineteenth and Twentieth Centuries», *Economic History Review*, 47, 1.
- (1995): «La pénurie d'entrepreneurs: Explication du retard espagnol», *Entreprises et histoire*, 8.
- VILAR, Pierre (1973): «Histoire marxiste, histoire en construction. Essai de dialogue avec Althusser», *Annales ESC*, 28.